

# **RESEÑA HISTÓRICA y TESTAMENTO ESPIRITUAL HOLÓGRAFO del REVERENDO HERMANO GABRIEL TABORIN, Fundador y primer Superior General de los Hermanos de la SAGRADA FAMILIA**

## **RESEÑA HISTÓRICA.**

El que suscribe, Gabriel Taborin, Fundador y primer Superior General de la piadosa Asociación de los Hermanos de la Sagrada Familia, declara en presencia de Dios que el presente escrito, que precede a mi testamento espiritual hológrafo, está también redactado y firmado de mi puño y letra.

No lo escribo para ponerme en evidencia ni para darme importancia, pues tales intenciones serían indignas de un religioso. Mis objetivos son santos: pretendo únicamente dar gloria a Dios y dejar algunas notas sobre mi vida, mis actividades y el origen de mi querida Congregación de la Sagrada Familia, como también sobre las gracias con las que la divina Providencia ha querido colmarla. Todo ello estimulará seguramente a sus miembros a dar gracias constantemente al Señor.

Creo, sin embargo, que en este escrito histórico tendré que dejar de lado muchos hechos que hubieran manifestado la gran bondad de Dios y su misericordia para conmigo y para con el Instituto del que me ha confiado las riendas, como también la malicia del demonio y sus secuaces, y debo omitirlos sobre todo porque me conciernen personalmente. Así pues, presentaré una breve pero exacta reseña histórica, que los queridos Hermanos más importantes del Instituto me han pedido les deje antes de morir. La escribo por obediencia y sólo para ellos. Al hacerlo, experimento una cierta repugnancia ya que se trata de escribir sobre mí mismo. Quiera Dios que un pobre religioso y, sobre todo, un pobre pecador, como yo, no se gloríe sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Tengo la satisfacción de haber nacido de un padre y de una madre virtuosos, que se unieron en matrimonio y vivieron según la ley de Dios. Pacífica y cristianamente gozaban de un cierto bienestar, fruto de su trabajo. Ambos transcurrieron su vida en Belleydoux, lugar donde yo nací el 1 de noviembre de 1799 y donde tuve la alegría de recibir el santo bautismo.

Los autores de mis días, por una gracia muy especial de la divina bondad, me dieron siempre buen ejemplo y me proporcionaron una educación cristiana desde mis primeros años por medio del párroco, que fue mi primer maestro. Recuerdo que sentía una atracción muy grande por las explicaciones del catecismo y que no faltaba nunca a ellas. Tuve el gozo de hacer la primera comunión a la edad de 11 años en la iglesia de mi parroquia natal. Fue el día de la fiesta de la Santísima Trinidad y me había preparado a este acontecimiento con un retiro. Nunca se ha borrado de mi corazón el día de mi primera comunión, y ha dejado en él felices y religiosos recuerdos. Poco después recibí el sacramento de la confirmación en Oyonax de manos de su eminencia el cardenal Fesch, arzobispo de Lyon y tío del Emperador.

Mis padres, a quienes profesaba el más tierno amor y que tanto me querían, me sacaron del pueblo después de la primera comunión para llevarme primero al internado de Saint-Germain y después al seminario menor de Châtillon, donde permanecí algunos años. Mis buenos padres, que amaban la religión y a sus ministros, y por quienes tuvieron siempre el mayor respeto, querían destinarme al sacerdocio. Yo mismo tenía un gran deseo de abrazar el estado eclesiástico. Aquellas pequeñas capillas que yo construía para reunir a los niños de mi pueblo y celebrar algunas ceremonias infantiles, eran como un presagio de que un día sería al menos destinado al servicio de Dios en la vida religiosa.

Asistí a algunas clases de latín con objeto de hacerme sacerdote. Ningún obstáculo se había interpuesto, ni era previsible que se presentara, para que yo no fuera admitido a esa dignidad sublime que eleva al sacerdote por encima de los ángeles y de los reyes. Pero la providencia divina tenía sobre mí otros designios. La lectura de la vida de los santos, a la que me entregaba con asiduidad, me había comunicado una fuerte inclinación por la vida religiosa, y sobre todo por aquel tipo de vida religiosa en el que uno se dedica de modo especial a la educación de la juventud y a adornar los santos altares.

El estado religioso me parecía el más santo y aquél en el que la salvación es más fácil y más segura, si uno está llamado a él. Pero quise tomarme un tiempo para examinar mi vocación. Cuando estaba en el quinto curso, y con gran disgusto de mis padres, abandoné los estudios de latín, que había emprendido con objeto de ser sacerdote. Dios tenía otros designios.

Cuando llegué a los 16 años, fui elegido para llevar a cabo en mi parroquia la misión de maestro, cantor y sacristán. Era una misión muy modesta en verdad. Pero a mí me encantaba de tal manera, que no la hubiera cambiado por el cetro o la mitra. Esas mismas funciones debía continuarlas un día y enseñárselas a otros, más como fruto de mi larga experiencia que de mi capacidad intelectual, que ha sido siempre mediocre. Sin la ayuda divina, reconozco que yo no hubiera servido para nada.

Mi vocación a la vida religiosa se decidió en una época en la que la fe era mucho más viva que hoy. Ocurrió durante la célebre y memorable misión que se realizó en Saint-Claude en 1821, y en la que tuve la dicha de participar. Me hubiera gustado que hubiese durado toda la vida. Las misiones son un gran medio de salvación para la gente: yo mismo he podido experimentarlo. Los sacerdotes que se dedican a ellas y los que ofrecen los medios para realizarlas o para financiarlas, pueden presentarse verdaderamente con gran confianza delante de Dios. Lo mismo se diga de los buenos Hermanos catequistas, que son los primeros misioneros de los niños.

Mis padres se opusieron al principio con tenacidad a que yo me hiciera religioso. Me querían tener con ellos y conservaban todavía la esperanza de que reanudara los estudios con vistas al sacerdocio. Pero, cuando estuvieron seguros de que Dios me destinaba a la vida religiosa, me facilitaron los medios de abrazarla: por ello les he guardado una eterna gratitud. Que Dios les haya concedido la felicidad de los santos en el cielo. Tal es, al menos, la esperanza que tengo, ya que vivieron y murieron como buenos cristianos con los auxilios de la Religión. Con estas palabras quiero rendirles un último tributo de amor filial. Pueda ir yo pronto a acompañarlos en la eterna Sión. A esto me estoy preparando al poner en orden mis asuntos materiales y espirituales.

Había llegado el momento marcado por la divina providencia de que yo abandonara el mundo y mi pueblo para abrazar la vida religiosa. No pudieron detenerme ni las lágrimas de mis padres y amigos ni las perspectivas de futuro que tenía en el mundo. Pedí, pues, la bendición de mi padre, de mi madre y también la de nuestro Salvador en aquella iglesia de mi parroquia. Allí derramé lágrimas acordándome de las gracias que había recibido y de las funciones que había desarrollado durante tanto tiempo y con tanta satisfacción.

Después de despedirme de todos, me dirigí a Saint-Claude, donde el digno prelado Mons. Antonio Santiago de Chamon quería tenerme a su servicio. Y fue allí donde Dios, sin que yo me diera cuenta, quiso manifestarme que me llamaba a echar los cimientos del Instituto de la Sagrada Familia. Su voluntad se me manifestó por medio de ese digno prelado, quien además me animó y aprobó mis proyectos. Fue él quien me entregó el santo hábito religioso, a la vez que a otros cinco jóvenes que se me habían unido. Pero éstos no tenían la vocación a la vida religiosa, como lo mostraron poco después volviendo al mundo.

Por orden del obispo de Saint-Claude tomé solemnemente el santo hábito religioso en 1824, el segundo domingo de octubre, en la iglesia de Bouchoux, que está a una hora y media de camino de mi pueblo natal. Me preparé a esta ceremonia tan emotiva, junto con mis cinco compañeros, con un retiro en la casa parroquial de Les Bouchoux. El venerable P. Charvin, misionero, canónigo y párroco de Les Bouchoux, fue quien corrió con los gastos originados por aquel retiro y por la ceremonia que lo siguió. Para aquella circunstancia se reunieron al menos ocho mil personas. Asistió mi familia y un gran número de miembros del clero. Todos estaban conmovidos, sobre todo, al escuchar el hermoso sermón pronunciado por el P. Charvin sobre la verdadera libertad de los hijos de Dios y sobre las inmensas ventajas que ofrece la vida religiosa. Me resultaría difícil describir la alegría interior que experimenté y la belleza de una ceremonia tan conmovedora en la que yo era protagonista y que resultaba totalmente nueva en aquellas comarcas para nuestra gente que era, sin embargo, tan religiosa. Ese día fue sin lugar a dudas uno de los más hermosos y consoladores de mi vida. Conservo de él un grato recuerdo, que jamás se ha borrado de mi corazón.

En seguida se presentaron mil circunstancias para desviarme de mi vocación. Pero puedo afirmar que había prometido sinceramente el día de mi toma de hábito entregarme al Señor para siempre, y nada pudo desviarme de ese estado predilecto: antes hubiera preferido perder la vida. Dios por su parte, en su infinita bondad, me ha mantenido en él hasta este momento, y en él moriré por gracia suya.

Inmediatamente después de la toma de hábito, volví a Saint-Claude con mis compañeros. Nos confiaron inmediatamente el servicio de la catedral y la dirección de las escuelas, a las que acudían los niños de la ciudad.

Todo comenzaba a funcionar con gran satisfacción de Mons. de Chamon, del clero de la ciudad y mía, como también de los buenos cristianos, que veían con agrado la fundación de una institución muy útil para la religión y para el pueblo. Pero, por desgracia, estos felices comienzos pasaron con tanta rapidez como un relámpago. Dios quería que esta obra pasara por el crisol de una gran prueba, seguida de muchas otras tribulaciones, las cuales han sido siempre a través de los siglos la herencia y la marca de las obras de Dios.

Mis cinco compañeros, aunque en el fondo eran gente buena, se desanimaron como consecuencia de algunas consideraciones de poco peso y me dejaron, con otro Hermano, encargado de cerca de trescientos alumnos, más el servicio de la catedral y el cuidado de nuestra pequeña casa. Padebí esta humillante prueba, que era la primera, con una gran resignación, diciéndome: si esta obra es solamente tuya, es una obra que ha nacido muerta; pero si es la obra de Dios, él sabrá sostenerla frente a todos y contra todos.

No pudiendo atender a tanto trabajo, fui enviado por el obispo a Jeurre, una pequeña parroquia cercana a Saint-Claude, de la cual siempre he guardado un grato recuerdo. Muchas cosas tendría que contar sobre ese lugar como también sobre Courtefontaine, donde trabajé educando a la juventud, pero no me lo permite ni el tiempo ni el espacio. Me limitaré a decir que mientras me ocupaba de formar un noviciado con seis jóvenes hermanos-novicios, que había logrado reunir después de mi salida de Saint-Claude, deseaba poder asociar a mis trabajos un mayor número de obreros de la viña del Señor. Pero faltaban las personas o no podían dar nada para pagar su pensión. En los dos lugares que he mencionado, sobre todo en Courtefontaine, habían puesto, sí, a mi disposición una casa; pero me faltaban los recursos para repararla y para proveer al mantenimiento de los novicios, sin tener esperanzas de poder encontrarlos en esos sitios. Fue una señal suficiente para darme a entender que mi tienda sólo podría permanecer momentáneamente en la diócesis de Saint-Claude. Tengo que testimoniar, sin embargo, que en esa diócesis no sufrí personalmente ninguna molestia ni persecución y que su clero se portó conmigo siempre amablemente.

Los seis hermanos-novicios se dirigieron entonces a la comunidad de Ménestruel, adonde creí mi deber acompañarlos. Pero uno solo de ellos se quedó allí. Querían que yo me quedara también, pero manifesté al Superior que tal no era mi intención en absoluto, puesto que yo creía que el Señor me llamaba a otro sitio.

Era a Mons. Devie a quien Dios destinaba a dar crecimiento al grano de mostaza que yo había formado en otra diócesis. Posteriormente debía ser sembrado y echar profundas raíces en ésta, a la que volví en 1826. En cuanto pude abrir mi corazón al santo obispo de Belley sobre mi vocación, sobre la Asociación que yo quería fundar y sobre las pruebas a las que la divina Providencia había querido someterme desde el principio, el venerable prelado me predijo que me esperaban otras aún mayores; pero me dijo expresamente que no debía desanimarme. Me prometió su ayuda y protección, e incluso su apoyo económico si era necesario. Y tengo que decir que ha sido fiel a sus promesas hasta el día de su muerte, y por eso Mons. Devie debe ser considerado, al menos tanto como yo, el fundador de nuestra Sociedad. Así es como yo lo considero y así deben hacerlo también todos nuestros Hermanos y novicios.

Desde la vuelta a mi diócesis de origen hasta 1829, fui enviado a varias parroquias como catequista. Me entregaba a ese santo ministerio con gran alegría y procuraba dar toda la solemnidad posible a las primeras comuniones de los niños. Los preparaba con un retiro a ese acontecimiento, en el que en los albores de su vida reciben las arras de la vida eterna. En mis exhortaciones les invitaba a recordar cada año con fervor el aniversario de su primera comunión; es algo que yo mismo he practicado siempre. La divina Eucaristía conserva y acrecienta en el hombre fiel la pureza, la fuerza, la alegría, la paz, la caridad y todo lo que lleva a la felicidad eterna: así lo he creído siempre.

Di la catequesis, sobre todo, en Châtillon-les-Dombes. Me sentí feliz explicando el catecismo durante tres meses donde también lo había hecho San Vicente Paúl. También lo expliqué en otros sitios, como Brénod y Hauteville, donde además di clase y estuve empleado al servicio de la iglesia. Todo ello durante dos años. Durante ese tiempo no perdía de vista la fundación de la obra de la Sagrada Familia y esperaba el momento señalado en el que me fuera dado tener todos los elementos necesarios para comenzarla. Temía, sin embargo, que mi escasa virtud y mis muchos pecados fueran un obstáculo para ello.

Había que encontrar una casa para formar un noviciado, pero antes había que prepararlo todo

con la oración y con la meditación de las Reglas que debían regir la Asociación. Empleé en esto tres años.

La parroquia de Belmont, cerca de Belley, fue elegida para ser la cuna de nuestra Sociedad y para formar en ella nuestra primera casa de noviciado. Llegué a ella en los primeros días de noviembre de 1829. Fui muy bien acogido por la respetable familia De Lauzière, que me protegió y me hizo muchos favores en varias circunstancias, porque estaba muy interesada en que mi obra arraigara en ese pueblo por el bien que podía hacer. Compré una casa en Belmont y abrí en ella un internado, que fue autorizado por el Consejo Real. Ese internado se convirtió en el núcleo de nuestra obra.

Muy pronto la casa se llenaría de buenos muchachos internos, y acudieron también alumnos externos de la parroquia. Sólo tenía como ayudante un maestro al que había dado trabajo en Hauteville por algún tiempo y a quien tuve que despedir de mi institución. Esto me causó algunas molestias provenientes de los simpatizantes que tenía en el pueblo. Me hizo la competencia pero, después de casarse, tuvo que abandonar el pueblo por las deudas y por falta de alumnos. En efecto, la mayoría de los alumnos de la parroquia y todos los internos se quedaron conmigo.

Los acontecimientos políticos de 1830 crearon cierta inquietud entre el clero: se temía una persecución. Se me dijo que sería temerario emprender la creación de un noviciado de Hermanos y que los tiempos no eran propicios. Me apresuré a consultar sobre ello a Mons. Devie, quien me dijo que, efectivamente, era prudente una demora.

En esa coyuntura, el barón De Montillet de Champdor me propuso ser su administrador. Me ofrecía su propia mesa y una buena paga anual, más una renta de 1200 francos para después de su muerte. Además me daba alojamiento cómodo y varias otras ventajas que hubieran podido sonreír a muchos. Se lo referí a Mons. Devie y me dijo que no dudase en aceptar, pues veía en ese ofrecimiento una señal de la divina Providencia, la cual me quería proporcionar un buen lugar mientras pasaba la tormenta, que era de temer fuese larga.

Siguiendo el consejo del venerable obispo, acepté. Cerré el internado de Belmont con gran pesar de las buenas gentes del pueblo, de mis alumnos y de sus padres, quienes siempre me honraron con su confianza, a pesar de la concurrencia de que he hablado más arriba. Dejé únicamente en mi casa a una anciana criada, respetable por su edad y por su conducta, que había servido anteriormente a mis padres por más de 25 años. Fui, pues, al castillo de Champdor con el propósito firme de no dejarme seducir por el espejismo del dinero y de volver en cuanto el momento parecía favorable para iniciar el noviciado que había proyectado y que deseaba desde hacía tiempo.

En el castillo era realmente feliz según el mundo: una mesa suntuosa, lujosos apartamentos, un trabajo que me ocupaba apenas una hora al día, buena paga, una renta para el futuro, y todo ello asegurado por un documento en toda regla, del que conservo aún una copia. Pero todo eso distaba mucho de cautivar mi corazón. No hacía más que gemir, y me volví sombrío y soñador. Estaba como el pez fuera del agua, y trataba de volver a mi medio natural de vida. Sin embargo, el barón me tomó afecto y quería absolutamente que me quedara allí. Me decía: Mire qué hermoso futuro le espera en mi casa, no tengo mujer ni hijos, mis posesiones y rentas son grandes, tengo con qué proporcionarle una buena posición; ¿Qué va a sacar dando clases a los niños, si no es sufrimientos y, la mayor parte de las veces, ingraticudes? ¿Qué va a sacar formando Hermanos, sino crearse una infinidad de problemas y preocupaciones, además de cargar con una gran responsabilidad? Además, ¿de dónde va a sacar para mantenerlos? Hágame caso y quédese aquí conmigo.

No digo que estas reflexiones no me afectaran; pero no pudieron vencerme. En cuanto vi que la tormenta, temida en un primer momento ante los acontecimientos políticos de 1830, no tenía las fatales consecuencias previstas, en seguida hice todo lo posible para volver inmediatamente a Belmont. Deseaba dedicarme en cuerpo y alma a mi primera vocación, a la que no había renunciado yendo al castillo de Champdor. Por fin, después de mucha insistencia, el barón consintió en dejarme marchar, pero no lo hizo de buena gana. Consideró mi marcha como una ofensa personal y como un desprecio a sus ofertas, que eran tan ventajosas para mí. Murió tres años después de que yo saliera de su casa, donde no permanecí ni siquiera un año.

Mi vuelta a Belmont suscitó gran alegría entre la gente de bien...

(texto incompleto en el manuscrito original)